

***HOMENAJE A  
D. RAFAEL MANZANO MARTOS***



***MI EXPERIENCIA COMO ALUMNO DE  
D. RAFAEL MANZANO  
por Gonzalo Díaz y Recasens***

Quizás yo tenga la costumbre de tratar con el prefijo de “DON” a pocos y muy valorados profesores como es el caso de D. Rafael Manzano Martos, para mi es una señal de cariño y respeto. Es el caso de mi antiguo y respetado profesor, ahora amigo, y quizás sea esto un modo de aminorar la deuda que como alumno adquirí en la década de los sesenta.

Hay una anécdota, yo creo que significativa, y es que, tras sus clases de Historia de la Arquitectura, los bedeles encargados de preparar la clase siguiente, frente a los dibujos que él había realizado no se atrevían a borrar la pizarra; eran sensibles (como todos nosotros), y les imponían los magníficos dibujos que había hecho D. Rafael con tizas en la pizarra. Y con estas tizas armaba unas magnificas explicaciones del edificio, del estilo y en ellos, cabría intuir y apreciar desde desde el esqueleto estructural hasta los posteriores detalles arquitectónicos de sus elementos, del dibujo que en ese momento se representaba.

Eran dibujos perfectamente proporcionados, a veces superpuestos a otros para poder compararlos y completar la explicación, dibujos con todas sus partes o elementos constructivos oportunos y donde se insinuaba la lógica propia desde donde había surgido. Estos en cierto modo explicaban como el discurrir o la evolución del edificio, surgía de un antecedente y se abría a futuras transformaciones venideras, lo que se explicaba desde la forma, añadiéndole algunos trazos, notas o comentarios y anécdotas de algún acontecimiento sobre la época o la vida de esa construcción. Como ejemplo, recuerdo que tras la explicación de los ordenes clásicos, los triglifos y metopas o cualquier elemento del templo dórico, surgía en la explicación como un elemento lógico, resultado inevitable de su construcción.

Sus dibujos nunca perdían de vista el conjunto, la totalidad del edificio, a la vez que enseñaba la forma completa, la estructura global y explicaba sus partes, los elementos adquirían un papel relativo en el conjunto y se proporcionaba métricamente. Y cuando era la catedral gótica la sección explicaba como se resolvían los esfuerzos a través de los arbotantes, o como la gárgola se disponía sobre este obligando a las ventanas a situarse a una altura ....etc. y así la sección era clave, o mejor imprescindible, para entender el espacio de la nave principal gótica; es decir, si la sección era clave para entender el gótico, cuando se estudiaba el bizantino era la planta la que mejor hacía evidente los esfuerzos y los empujes de las bóvedas, que se contrarrestaban empujando a otras bóvedas más pequeñas, como en el caso de Santa Sofía. Con los distintos tamaños de los círculos en planta, se explicaba mejor, así cada dibujo era oportuno según lo que se representaba; cada forma requería y sabía elegir su tipo de dibujo, eso si las partes siempre adquirían unas dimensiones exactas con respecto al dibujo total.

Esta actitud en la elección del tipo de dibujo, según fuera el objeto representado, me recordaba a la manera de dibujar del historiador A. Choisy, cuyo libro yo había heredado y que me sirvió de gran ayuda. Y estos, dibujos que yo siempre trataba de copiarlos en el cuaderno "muguruza". El, didácticamente buscaba hacernos ver la manera más clara de explicarnos la forma; en unos casos el espacio requería de una axonometría y en otros casos la perspectiva cónica,..etc. Es decir los dibujos de D. Rafael elegían el tipo de dibujo que mejor explicaba la forma, estaban utilizados intencionadamente, a la manera del historiador francés Choisy, donde cada edificio requería, como idóneo o adecuado, un tipo de dibujo y no otro, para explicar su arquitectura.

Como profesor D. Rafael exigía que todos lleváramos un cuaderno de dibujo o mejor un libro de apuntes (*el muguruza*) y nos instaba a dibujar lo que veías, lo cual con el dibujo te obligabas a fijar las claves sustanciales del edificio y a desentrañar la forma histórica. Insisto en el tema del dibujo pues fue para mí importante pues en mis torpes comienzos, me ayudó a tener seguridad en mi dibujo y a proporcionar las partes en el todo.

Con su ingenio y los modos gaditanos de su lenguaje, completaba sus explicaciones espaciales, ya de un modo verbal, con la historia y algunas anécdotas de la construcción de los edificios; explicaba la necesidad de la solidez en los muros románicos, la lógica de cómo surgió el gótico, o como se desviaban y se contrarrestaban los esfuerzos de los empujes en la sección gótica, o como se ayudan las bóvedas bizantinas, atendía tanto a los detalles de elementos, como los incipientes nervios de la bóveda estrellada de ocho

puntas de la Mezquita de Córdoba, como a los problemas del territorio de como la antigua fortificación castrense, anterior al reino nazarí, se transforma en la Alhambra.

En las excursiones era igual de ameno; enseñaba con pasión y con gusto por la arquitectura, disfrutando, y queriéndonos transmitir el entusiasmo por la historia. No cabía para él el cansancio, frente a una clase de los que éramos sus jóvenes alumnos nos superaba físicamente; ante su vitalidad, lo seguíamos a duras penas. Las clases y las excursiones ya fuera a la Alhambra en Granada, a las murallas de Niebla o la ermita de Cuatrovitas, Don Rafael agotaba a todo el alumnado y él aguantaba más que nadie. También nos corregía el libro de dibujos que nos obligaba a llevar y que era parte de la evaluación del curso, un libro de dibujos, que además nos enseñaba a dibujar. En estas visitas y excursiones él era inagotable, con una resistencia muy superior a la de todos nosotros, sus alumnos, y explicaciones llenas de anécdotas amenas y en cierto modo divertidas, que colaboraban a hacer inolvidables las visitas.

Probablemente muchos de los arquitectos de nuestra generación hayan desarrollado el conocimiento y el placer por la historia, o por la reflexión de como han nacido las formas y los edificios con los que convivimos incitados por sus clases, por su pasión por enseñar el devenir de la historia y la razón de ser de los edificios que forman nuestro patrimonio. Por todo ello, quizás podamos decir que para muchas generaciones de arquitectos, y desde luego para mí, D. Rafael Manzano, ha sido un gran profesor y un gran docente.

Muchas gracias.

**UN MAESTRO ENTRE NOSOTROS**  
*por Juan Ruesga Navarro*

Presidente de la Real Academia de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría,  
autoridades,  
compañeros de Academia,  
colegas,  
señoras y señores,  
querido Rafael.

A veces tenemos la sensación de que la sociedad actual prefiere una medianía correcta, sin aristas ni altibajos, que nos iguale a todos sean cuales sean nuestros méritos, antes que admirar a alguien de verdadero conocimiento y sabiduría, que ejerce el auténtico prestigio de saber las cosas bien, en profundidad y detalle, y que es capaz de enseñar y transmitirlo. Es decir, una persona relevante entre los de su clase . Un maestro, en suma. Como lo es Rafael Manzano.

Muchos de nosotros, compañeros de Academia, colegas y alumnos suyos, hemos querido manifestar en este acto nuestra admiración hacia él. Somos unos pocos, pero otros tantos podrían ocupar este lugar con todo merecimiento y agrado. Su figura se agranda con el paso de los años, y sus alumnos hemos llegado a la edad de mirar hacia atrás y devolver a la sociedad lo que hemos recibido, como en esta ocasión.

El paso del tiempo ha permitido valorar como se merece la maestría en el oficio de arquitecto de Rafael Manzano. Un viejo oficio de *compagnons*, de antiguos masones por albañiles y canteros que nos precedieron y que ha permitido desarrollar un sentido de pertenencia a este antiguo gremio, del que en alguna ocasión hemos podido dudar, pero que cada vez tenemos más claro

que es nuestro lugar, una fraternidad, la del compás y la rosa, de la que nos sentimos parte y que hoy queremos expresar en voz alta con ocasión de este homenaje a nuestro compañero.

En esta época en la que estudiantes y profesionales son animados a cursar másteres universitarios, por mejorar su perfil o currículo, por necesidad laboral o simplemente por estar ocupados, la figura del maestro se ha desdibujado, como si hubiera un rechazo a asumir que algunos lo son y otros no. Por lo general somos mezquinos para reconocer en vida los méritos de las personas y cuanto más cercanas, peor. Parece que se debe mantener al colectivo en una dorada mediocridad, sin referencias y ejemplos individuales, que por sus conocimientos y saberes nos puedan poner en evidencia a todos los demás, en vez de pensar que son un magnífico ejemplo para todos.

Más allá de sus edificios y restauraciones, más allá de que sus méritos profesionales hayan sido valorados en numerosas academias y con múltiples reconocimientos, está su magisterio que une a muchas generaciones de arquitectos.

Todos los que hemos tenido la fortuna de asistir a sus luminosas clases, coincidimos en la fascinación de sus extraordinarios dibujos en la pizarra. Es muy probable que esta tarde se hablará en más de una ocasión de esa capacidad de enseñar con una tiza sobre un encerado.

De Santa Sofía de Constantinopla y sus contrafuertes a los arbotantes y pináculos de las catedrales góticas, los dibujos, trazas arquitectónicas, conceptos constructivos y culturales, surgían ante nuestros ojos con la misma precisión que las fórmulas del cálculo y el álgebra. Trazos que han sido capaces de superar el paso del tiempo y el deterioro de la memoria, quedando en nuestra retina para siempre, alcanzando nuevos significados cuando sus alumnos hemos ganado experiencia y dominio del oficio.

Pongamos un ejemplo de nuestra mejor arquitectura, la Mezquita de Córdoba. Hay varias formas de explicarla, una de ellas es presentarla como la alegoría del oasis prometido, en el que un palmeral primordial nos proporciona sombra y alimento, y otra es comprender esa delicada fábrica como una serie sin fin de livianos y aiosos acueductos que cubren el terreno en una malla infinita, que se arriostan entre si con las estrechas y largas cubiertas a dos aguas que cubren sus naves.

Una construcción que enlaza con el mundo romano, los constructores de acueductos y aporta la poética que está implícita en la mentalidad de reutilizar lo heredado, bien sea para aprender o para literalmente apoyarnos en ese legado como en las columnas de mármol de la Mezquita.

La diferencia entre esas dos opciones, la mística y la arquitectónica, la aprendimos en aquellas clases con Rafael Manzano y recorriendo a su lado el monumento cordobés y otros como la Alhambra de Granada. Todo un privilegio vivido a su lado.

Porque Rafael además de un maestro o por ello mismo, es un gran conversador. Hablar con él siempre es garantía de pasar un buen rato por su charla amena, tanto de arquitectura y construcción, como de la historia de los arquitectos y su quehacer y también de la pequeña historia, de los entresijos de los edificios y las personas que los hicieron posible.

He disfrutado en los últimos meses de algunos ratos de conversación sobre el desaparecido Coliseo del Buen Retiro, el teatro que mandó construir el Conde Duque para Felipe IV y que él con su sabiduría y generosidad ha alumbrado el camino a seguir en el estudio que estamos haciendo.

Para concluir,

Han pasado años, algunos más de cincuenta, desde que entré por primera vez en su clase. Los años nos hacen perder vista, memoria y fuerza, pero ganamos en visión. Esa misma vista que ya no enfoca con precisión los detalles, que se difuminan y que hace que, sin embargo, cada vez sean más claros los elementos importantes de una vida, como tus enseñanzas.

Creo que no es casual que seamos académicos los que hoy te saludamos desde este estrado. Porque has dejado a tu paso el ejemplo de tu magisterio, con sencillez, con la humildad de tu figura delgada y nerviosa, que sostiene en su mente y sus manos todo un mundo.

Mucha gracias, maestro.

***RAFAEL MANZANO Y EL ALCÁZAR***  
***por José María Cabeza Méndez***

Sr. Presidente,  
académicos,  
autoridades,  
señoras y señores,  
querido Rafael.

Comenzaré recordando que después de la cesión del Alcázar al Ayuntamiento de Sevilla por parte del Gobierno de la República en acto celebrado el 31 de octubre de 1931, no exento de polémica, se nombraría como primer director a Alfonso Lasso de la Vega quien desempeñaría el cargo hasta el 9 de julio de 1934 siendo sustituido por Joaquín Romero Murube, funcionario municipal, que ejerció esa responsabilidad hasta el 15 de noviembre de 1969, fecha de su fallecimiento.

La Sección Técnica de Conservación de Edificios Municipales, bajo la dirección de los arquitectos Juan Talavera Heredia y Antonio Delgado Roig sucesivamente, era por aquel entonces la encargada de la redacción de los proyectos para la conservación del recinto palaciego además de la totalidad de edificios municipales, entre los que se encontraban mercados, oficinas, colegios nacionales, casas de socorro, viviendas, cementerio, etc.

Pues bien, en el año 1963 Joaquín Romero Murube conoce al joven arquitecto Rafael Manzano Martos al ser presentado por el contratista de obras José Becerra, justo al año de haber terminado la carrera y comenzando a colaborar en la Comisaría Nacional del Patrimonio Artístico. Romero Murube aprovecha el encuentro y le pide ayuda para las obras del Alcázar, dado que los técnicos municipales no lo atendían como era deseable ante la importante cantidad de edificios que tenían que conservar y es a partir de entonces cuando Rafael Manzano empieza a intervenir en el Alcázar.

En 1970, tras el fallecimiento de Romero Murube y a propuesta de la Gerencia del Patrimonio Nacional, es nombrado conservador interino en el mes de marzo. Posteriormente, siendo alcalde Juan Fernández Rodríguez y García del Busto, el Ayuntamiento convocaría un concurso de méritos que le permite a Rafael Manzano obtener la plaza de director en noviembre de ese mismo año, desempeñando el cargo hasta el mes de marzo de 1988.

En esos 18 años de director conservador, se puede decir que nuestro compañero en esta Real Academia aportaría una nueva visión del Alcázar a través de su profundo conocimiento de la historia de la arquitectura, llegando a confesar: *“mi labor estaba un poco mediatizada por los criterios y conceptos de mi época que pueden ser más o menos discutibles como los de todas las épocas, pues propendían no solo al salvamento científico de los elementos arqueológicos valiosos del monumento y a su restauración, sino también a organizar el Alcázar como una integridad de mil cosas dispersas, diversos siglos, culturas y épocas interesando la presencia de todas ellas”*. Siempre tuvo muy presente la frase que le escuchó en 1954 a José Ortega y Gasset cuando era estudiante de primero de Arquitectura: *“en el Alcázar de Sevilla la arqueología se ha hecho comfortable”*.

Conviene recordar que hace casi sesenta años, cuando nuestro homenajeado arquitecto comenzó a trabajar en el Alcázar con Joaquin Romero Murube, las partidas presupuestarias anuales que el Ayuntamiento le dedicaba al monumento eran más que exiguas. Sin embargo la venta de una franja de terreno en la calle San Fernando por el Patrimonio Nacional al Ayuntamiento de Sevilla, posibilitó que la cantidad obtenida por esa enajenación se quedara en la ciudad y en concreto se invirtiera en el saneamiento y mejora del conjunto palaciego, lo cual sirvió para que los más de 12 millones de pesetas obtenido se destinaran a la restauración de los patios del Alcázar, conocidos como del Almirante, del Asistente y de Levías. Así se consigue el rescate y la mejora de un sector del conjunto monumental que estaba absolutamente degradado y se recupera, entre otros elementos ajenos, la galería renacentista del jardín de la casa de Levías llamada a desaparecer en la demolición del inmueble, así como determinadas rejas procedentes de la casa de los duques de Medina Sidonia.

Rafael Manzano definía las diferentes áreas del Alcázar como “barrios”: occidental, oriental y de la periferia, cuando tenía que intervenir en el Patio de Banderas, dado que él como su antecesor Romero Murube desarrolló también la función de administrador del Patrimonio Nacional, titular aún de un importante número de las dieciocho viviendas existentes.

Una vez resueltas las obras del mencionado barrio occidental comen-

zaría a atender el barrio oriental, recuperando por un lado, espacios como el patio del Sol donde ubicaría también la vivienda del director conservador. Elimina, asimismo, la pista de tenis colindante realizada en la época de Alfonso XIII, que después serviría como corral de gallinas y que él transformó en el actual jardín de la Alcubilla, donde instaló una singular fuente del siglo XVIII originaria de la Casa de los Artistas. En esa intervención también recupera unos restos mudéjares del antiguo Cuarto del Alcaide, que son incluso más antiguos que los del palacio de don Pedro y una arquería del siglo XVIII.

Más adelante y en la planta alta del apeadero, donde estaba la vivienda de Joaquín Romero Murube, la transfiguró en una espléndida sala de exposiciones.

También completó las obras promovidas por el marqués de la Vega Inclán en el Patio del Yeso, siguiendo las pautas de su descubridor Francisco M<sup>a</sup> de Tubino y realizando nuevas exploraciones más profundas, dándole el acabado que hoy apreciamos al que es considerado como único patio de carácter civil mantenido “in situ” del periodo almohade en la península.

En el área ocupada por el jardín del Crucero restituyó parcialmente el extremo norte consiguiendo el vaciado de las galerías subterráneas que se encontraban cegadas de tierra. A su vez realizó el potente forjado de la conocida como galería dieciochesca.

Restauró también, en esa zona, las dos salas que actualmente son conocidas como del Maestre y biblioteca (antes salas Farnesio), recuperando y adecuando un artesonado procedente de la referida Casa de los Artistas y otro de traza mudéjar del desaparecido convento de la Concepción (San Juan de la Palma), recolocando además en esa intervención la portada genovesa que procedía del popular hotel Madrid y anteriormente de la Casa de los Condes de Gelves (s. XVI).

También diseñó y ejecutó el pavimento del apeadero con guijarro o canto rodado y adoquín de granito, que por cierto, en mi época como director conservador autoricé gustosamente a algunos ayuntamientos de la provincia de Sevilla a fotografiarlo y dibujarlo, ya que pretendían usarlo como modelo para pavimentar determinados espacios públicos de su localidad.

De destacar, especialmente, es la reconstrucción del patio de la Casa de Contratación con el máximo rigor científico posible a partir de los fragmentos y de la planta subsistente, donde se encuentra actualmente la Delegación del Gobierno de la Junta de Andalucía.

Recordemos que en esa intervención de Rafael Manzano y ante determinadas opiniones contrarias surgidas hacia ese nuevo edificio, él respondía:

*Soy un arquitecto que tiene una educación clásica. He sido un estudioso de la arquitectura, a la que he dedicado toda mi vida. Tengo un acervo de formas arquitectónicas que me afloran y que las amo profundamente. La intuición del arquitecto es saber elegir las formas más idóneas para cada caso y para mí están dentro del contexto cultural, de su ambiente y también de las constantes de la arquitectura vernácula.*

Es evidente pues, que el académico Rafael Manzano Martos desde su sabiduría, ha buscado unir fragmentos constructivos y espaciales, que tanto y tantos se han dado y se dan en el propio Alcázar.

Porque el Alcázar se puede considerar como arquitectura única, ecléctica, amalgama de estilos que se solapan a través de los periodos históricos. En definitiva, arquitectura del tiempo, sin prisas, con patios y jardines.

Rafael, te he escuchado decir en más de una ocasión que de todas las obras que has dirigido en tu extensa actividad profesional, de la que te sientes más orgulloso no son de aquellas realizadas en el Alcázar sino las que proyectaste y dirigiste en Medina Azahara, por cierto declarada Patrimonio Mundial en el año 2018 después de todas tus intervenciones. Sin embargo nosotros, querido Rafael, te tengo que decir que sí nos sentimos orgullosos de la arquitectura que has dejado en el primer edificio civil de nuestra ciudad.

Muchas gracias.

## ***RECUERDOS DE MANZANO*** ***por Fernando Mendoza***

Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia,  
Sres. Académicos,  
querido Rafael,  
señoras, señores,  
amigos todos.

En aquella Escuela de Arquitectura de Sevilla de los años sesenta, hiper politizada y caótica, el ilustrísimo señor Don Rafael Manzano Martos, era para los alumnos solo Manzano. La Escuela era de los pocos centros de la Universidad de Sevilla en que los profesores y alumnos se tuteaban, cierta muestra de igualitarismo entre los que llegarían a ser pronto profesionales y colegas, que era de agradecer en una época en la que estaba vigente todavía la represión del franquismo tardío. Manzano, por su procedencia gaditana, era una rara avis. Su genial sentido del humor y su profundo liberalismo le hacían muy diferente del profesorado de la época, indisimuladamente próximo a la dictadura. De hecho, la Escuela de Arquitectura llegó a tener un Director - Comisario, con claras atribuciones represivas.

Cuando conocí a Manzano estaba cerca de la treintena, lo cual le aproximaba bastante a nuestra generación de la Escuela que rondaba los veintiún años. Su extraordinaria capacidad para el dibujo y su habilidad para hablar de arquitectura con eficacia, le hacía especial entre el profesorado. Recuerdo una clase en la que dibujó en la pizarra, con tiza, todo el complejo arquitectónico de Santa Sofía de Constantinopla hasta el último detalle, explicando a la vez la mecánica del edificio y la absorción de los empujes de las bóvedas, es decir, dando una clase magistral sobre la esencia de la Arquitectura. Como en esa época no existían los móviles y las cámaras eran raras entre el alumnado, aquella *auténtica* obra de arte se borró y se perdió para siempre, al igual que

sus recreaciones de la Alhambra de Granada o la mezquita de Córdoba.

Profesor asequible y sencillo para los alumnos, no dudaba en cambio en enseñarles el Alcázar vestido “*a la moresca*”, con gran asombro y diversión entre ellos.

Como arquitecto, su obra de nueva planta fue incomprendida y atacada por los defensores del Movimiento Moderno, quienes lo consideraban un creador de pastiches. Manzano recuperó la *modenatura clásica*, tan olvidada en aquellos tiempos de modernidad de fórmula, obtenida de revistas. Entendemos por modenatura, las disposiciones de los elementos ornamentales constituidos por las molduras de cornisa y las proporciones de los elementos de fachada. Sin embargo, lo que caracterizaba su obra, más que su lenguaje propio, era el respeto por el entorno urbano de Sevilla, entonces despreciado. La frase que condensa aquellos años era la *grosera* “*Fuck the context*” del *sobrevalorado arquitecto holandés Rem Koolhaas*. *En resumen, y perdonen por la traducción, -que se fastidie el entorno-. Yo haré mi obra caiga quien caiga*. Y esto se aplicaba sin freno en uno de los Conjuntos Históricos más importantes de nuestro país, Sevilla, en teoría protegido por Ley.

Posteriormente, el Posmodernismo reivindicó la obra nueva de Manzano como un adelantado a su tiempo, siempre inspirándose en la Arquitectura Clásica.

En los años sesenta, setenta y principios de los ochenta, en que Sevilla perdió un cuarto de su patrimonio inmobiliario por derribos masivos, Manzano fue una de las pocas voces que se alzaron contra este desastre. Contribuyó a la salvación de importantes edificios, bien como arquitecto o como responsable de la Dirección General de Bellas Artes y de la Comisión de Patrimonio. El palacio de Altamira, entonces amenazado por un derribo, fue una de las joyas que contribuyó a salvar, al igual que el Palacio de los Marqueses de la Algaba. Igualmente importantes fueron sus trabajos de restauración del conjunto de parroquias mudéjares sevillanas, entonces en avanzado estado de ruina.

Posteriormente llegaron sus fabulosas anastilosis sobre Medina Azahara, el Alcázar de Sevilla, sus numerosos trabajos de restauración en la Catedral, el palacio de las Dueñas, Santa María de Marchena o la Colegiata de Osuna entre ellos y, finalmente, su merecido reconocimiento internacional.

Hay un adagio que dice:

*“Si no prestas atención a lo que había antes de llegar tú, tu propio trabajo estará condenado al olvido.”*

Manzano hizo suyas las palabras de nuestro amigo común, gran arquitecto, crítico y editor belga Maurice Culot: *“Los arquitectos no han sido siempre unos depredadores, ni unos asesinos de calles, sino más bien artistas que embellecen la ciudad”*.

Enhorabuena, Rafael, por este merecido homenaje de La Real Academia a toda una difícil carrera llevada a cabo, en su mayor parte, a contracorriente.

Tus alumnos te admiramos y queremos.

## ***HOMENAJE A RAFAEL MANZANO*** ***por Francisco Torres Martínez***

En mis años de formación como estudiante de arquitectura he tenido el privilegio de conocer y aprender de algunos extraordinarios profesores. Rafael Manzano fue el primero.

Mis compañeros y yo iniciamos nuestros estudios en el seno de un nuevo plan académico que supuso para muchos de nosotros desembarcar en la Escuela directamente desde el colegio o el instituto de enseñanza media. Al menos en mi caso, con muy escasos conocimientos de en qué consistía la disciplina.

No mejoró nuestro acercamiento a la arquitectura un primer curso en el que primaban las asignaturas técnicas, que por otra parte eran necesarias para garantizar las futuras competencias que deberíamos asumir, y también unas artísticas que pretendían dotarnos de un cierto manejo del dibujo en la tradición del antiguo ingreso en las Escuelas de Bellas Artes. Ni siquiera tampoco el contacto con algunas clases de una historia del arte teñida de la rutina de la mera y trivial descripción de las obras y su clasificación en períodos y estilos.

Pero la fortuna hizo que disfrutáramos de las primeras clases del profesor Manzano, recién llegado a Sevilla después de obtener la cátedra. Asistimos en ellas a cómo en la pizarra y con la única ayuda de una tiza se levantaban, trazo a trazo, algunos de los más importantes ejemplos de la arquitectura universal, en un ejercicio de construcción en el que todo, desde lo puramente estructural hasta la más relevante de sus formas, iba alcanzando su estado final, ilustrado mientras avanzaba el dibujo con un discurso que revelaba la erudición y la prodigiosa memoria del maestro.

Un discurso que para algunos de los que nos iniciábamos en el conocimiento de la disciplina, aparecía además inteligible y claro, en el que prevalecía algo muy importante, que la arquitectura se muestra en el edificio, en

los monumentos, y que no es sino el análisis de éstos lo que sostiene el aprendizaje, la capacidad de transmisión del conocimiento que es, en suma, condición de toda obra de arte. Conocimos también entonces que los que idearon y construyeron esas obras eran seres que trabajaban en el seno de una tradición heredada, y que al construirlas a su vez contribuían a abrir e iluminar caminos para los que vendrían después.

Creo que fueron estas dos cuestiones aparentemente simples las que caracterizaban las clases de nuestro profesor: El edificio como último y único exponente de la arquitectura, y la claridad en la exposición de su análisis como clave de bóveda de su enseñanza.

Cabe recordar ahora que, en esos años, mediados de los sesenta, la docencia de la arquitectura, y nuestro personal aprendizaje, estaba teñido de vacilaciones y búsquedas en terrenos y disciplinas a veces muy alejadas de la nuestra. Los fuertes cambios que habían experimentado las corrientes arquitectónicas en las primeras décadas del siglo veinte hacia unas tendencias racionales o funcionales parece que exigían a quienes se ocupaban de teorizar sobre la arquitectura, construir una visión “científica” del proceso del proyecto, y lógicamente de su análisis y enseñanza. Una multitud de críticos y teóricos hurgaron así en las disciplinas de más reciente éxito buscando su posible correlato en los métodos de producción de la arquitectura: en la sociología, la lingüística, y hasta en la naciente informática. Resultaban teñidas sus propuestas a veces de un lenguaje borroso, unas jergas oscuras y deudoras del oleaje filosófico del momento. Un torbellino de confusión en el que nos vimos sumidos como estudiantes, también después como recién graduados, e incluso en nuestros inicios como docentes.

Y poco a poco fueron revelándose para muchos de nosotros las verdades que quizás habíamos olvidado, la del edificio como nuestro interlocutor, sedimento y manifestación de la arquitectura, la del dibujo como el auténtico y primordial instrumento de los arquitectos, y la claridad en el discurso como la auténtica garantía de su transmisibilidad y eficacia.

Un camino que fuimos desbrozando poco a poco y con esfuerzo, pero que, aunque en esos años no fuéramos plenamente conscientes, fue el que inauguró el profesor Manzano en nuestros inicios. Fue entonces y con su enseñanza que aprendimos a reconocernos como aprendices del oficio al que queríamos dedicar nuestra vida.

Rafael Manzano ha contribuido en multitud de ocasiones a homenajes de compañeros, amigos y sobre todo, a sus maestros. Al pensar estas notas para la ocasión que hoy nos reúne junto a él, y escudriñar y descubrir en

mis recuerdos, me he atrevido a pensar que se habrá hallado en situaciones parecidas a la que yo hoy me encuentro, y sentido el privilegio de compartir una memoria con el que considero un maestro que iluminó decisivamente los inicios de muchos de nosotros, y que finalmente me ha permitido, en esta convocatoria tan relevante y ante concurrencia tan significada, de poder hoy y aquí hablar de ello.

Una vez más y de nuevo, gracias profesor.

***DISCURSO DE AGRADECIMIENTO***  
***por Rafael Manzano Martos***

Sres. Académicos,  
Excmas. autoridades,  
queridísimos amigos aquí presentes, y de aquí ausentes,

Confieso que no se cómo daros mis gracias más sentidas por esta inesperada muestra de cariño, que os puedo asegurar que en su recíproca no es menos cierta. Os quiero mucho. A unos en el marco de estas Academias sevillanas, nacidas para el diálogo, la convivencia y la amistad. A otros en el recuerdo más lejano de aquella naciente Escuela de Arquitectura, a la que llegué joven y salí envejecido en la física apariencia, pero no así en mi doble vocación por la arquitectura y la docencia.

Siempre recordaré aquellos años fundacionales de la Escuela, tremendamente politizados en el tránsito de la Dictadura a la Democracia. Fueron días inolvidables, con perfume de mayo francés en que algunas pancartas me recordaban constantemente: “Manzano, escucha, la Escuela está en la lucha”. Aquellas que llamábamos lucha la eché de menos en años posteriores que después de un cierto tiempo de normalidad política, se había producido una como abulia colectiva, que restaba a la vida escolástica algo de la “vis poética” que le daba un aura juvenil en aquellos días de la primera edad de nuestra Escuela.

Eran días de carencias, consecuentes a la evidente improvisación inicial de nuestros estudios; carencia de un profesorado profesionalmente preparado para la enseñanza de tan diversas materias; carencia también de dotación de espacios e instrumental docente, de libros, de casi todo...

Me tocó buscar en lejanos recovecos de esta España, no tan subdi-

vidida como hoy, profesores de proyectos de gran experiencia, profesores de estructuras de alta capacidad de transmisión docente, profesores de construcción, etc. etc. Se sacaron a oposición todas las plazas vacantes, hubo tensión universitaria. Salieron pronto los primeros grandes arquitectos de aquella joven Escuela. Algunos sois Académicos y estáis aquí esta noche. Y estoy feliz por ello ya que hubo un momento, en que el arquitecto progresivo estaba en distonía con las Academias y sus significados y hoy, felizmente, no lo está.

Mi obsesión respecto a la Escuela era muy clara y sigo fiel a ella. Todas las disciplinas que constituyen el eje troncal de los estudios de la carrera, que coinciden en muchos casos con otras que se imparten en paralelo con otras Facultades universitarias, no tienen un fin en si mismas, sino que son las diversas vías para llegar a su perfección en la “Arquitectura”. Tenemos que enseñar la arquitectura a través de estas vías: las estructuras, la construcción, la composición y por supuesto la entera línea de proyectos que debe impartirse con los diversos niveles de la misma asignatura para crear una mutua transmisión de saberes proyectuales en el mismo seno del alumnado.

El lenguaje transmisor del arquitecto es, además del idioma hablado, el dibujo y la geometría (de ella me dicen ahora que, como pasó con el dibujo, sustituido por un presunto Análisis de Formas, ha desaparecido ya de la carrera).

Dejo para el final la Historia, que debería ser de las tres artes del dibujo, pero muy especialmente dirigida a lograr un más profundo conocimiento de la Arquitectura a través de su historia y también a través de sus variaciones geográficas. Aquellos “invariantes castizos de la Arquitectura”, que nos enseñó Chueca, Maestro inolvidable, y gloria también de esta Casa.

Sólo hubo que añadir la historia de la arquitectura contemporánea, olvidada en tiempos anteriores, y sumamente necesaria para introducir a los aprendices de este viejo oficio en el lenguaje, o mejor dicho, en los múltiples lenguajes de la Arquitectura moderna y post-moderna.

Y la historia, explicada al arquitecto, ha de ser dibujada en la pizarra y ahondando en las razones estructurales y evolutivas del edificio estudiado, y en la evolución histórica del Clasicismo que ha sido el lenguaje universal único y eterno de la Arquitectura en Occidente.

A esta Arquitectura, siempre escrita con mayúsculas, rindo y rendiré mis armas, como enamorado y fiel a una diosa antigua, hasta mis últimos días.  
¡Gracias!, otra vez gracias a todos, muchas gracias.